

# Styron: a la vuelta del camino

Edgar Esquivel

Hubo un momento en la vida del escritor estadounidense William Styron (1925-2006) en que todo careció de sentido y razón. Fue durante una breve estancia en París, hacia 1985, cuando supo, en el instante de toparse con la fachada de un hotel que simbolizaba su pasado, que algo en su interior había cambiado, que había arribado su existencia al comienzo de un final. Su realidad se colapsó. En el ensayo testimonial *Esa visible oscuridad. Memoria de la locura*, él detalla los pasajes escabrosos del proceso que lo condujo a una depresión severa y reflexiona sobre distintos aspectos de este desorden emocional: sus causas, consecuencias, la condición de estigma, de cómo su inexplicable naturaleza impide una cabal comprensión hacia los que la padecen, alimentando así una angustia sin alivio inmediato que incluso llega a extenderse a través de complicados, erráticos e incluso negligentes tratamientos médicos. Nunca es fácil de encontrar el antidepresivo adecuado.

Styron no se suicidó, falleció de neumonía años después, pero ese acto de auto-destrucción se le brindó como una alternativa para erradicar el acoso de aquella oscura indefensión física y mental que lo tenía postrado. Más que un ensayo desprovisto de conmisericordia, el libro se torna un crudo retrato sobre los despojos de una última certeza (*tuve conciencia plena de que la lucha contra el desorden de mi mente podía tener un desenlace fatal*) tal y como narra que le ocurrió a amigos cercanos (Abbie Hoffman, Gary Romain) y otros casos vulnerables (los artistas) donde resulta significativo el fatal y extraño accidente de Camus. Encontrarse en trance —el claudicar a la existencia— y sentirse en caída libre dentro de un abismo implican en algún momento hurgar en el pasado y encontrar los

motivos, esa pérdida original o el factor decisivo que orilla al suicidio (Styron infiere que tal vez lo suyo fue no haber superado la muerte de su madre cuando tenía trece años, lo que lo emplazó hacia el desgobierno y la confusión). La poca lucidez que le quedaba sólo alcanzó para saberse quebrado de ánimo y enfermo del alma, sin lograr descifrar el incentivo de su abatimiento, pues no todo podía ser causa de los muchos años de estar al amparo reconfortante del alcohol ni de haber dejado la bebida cuando el whisky le traicionó. ¿Qué más sumar a ello? Imposible saberlo, de ahí que resulte justa la protesta en contra del propio término “depresión” (que arrumbó el de melancolía), pues no queda a la altura del infierno de ansiedad y pánico que en realidad es, matizando, *una auténtica tempestad rugiente en el cerebro (brainstorm)*. Alteración erosiva, siempre idiosincrásica y vacilante a la respuesta única. El abandono de los afectados es absoluta, pues la evasión es colectiva, de los otros y el propio sujeto en estado depresivo, quien incapacitado para transmitir su “dolor” abraza la inactividad y el olvido de sí mismo, es decir, la soledad más abyecta que retarda las reacciones al mundo exterior y somete el placer.

Para Styron la cuenta regresiva no fue la reescritura de su testamento ni la carta de despedida que en blanco quedó, sino un artilugio de oficio: un escritor que lleva una libreta (secreta) donde anota los dictados del corazón y sus tinieblas y registra el sorbrante que dejan el temor y la inanidad, palabras signadas como conjuro de estima y locura y de valor, referentes de una vida entera abocada a la ficción y la sensualidad. El instante mismo en que el autor decidiera la desaparición de esas hojas comprobaría el fin del camino y lo que está más allá



de la desesperación. Pero sólo en ese limbo tiene lugar una última revelación, una cargada de recuerdos y memoria, *algún pos-trer destello de cordura* o un lejano canto de vida (*Rapsodia para Contralto* de Brahms) que nos redime al precipitarnos sin escalas hacia uno de dos caminos: no hay un periodo de transición que anteceda la muerte, dijo hace mucho Ambrose Bierce. *Misteriosa en su llegada, misteriosa en su ida, la aflicción sigue su curso, y uno encuentra la paz*. La depresión es compañera de armas que, al hundirnos, nos reinventa. Esa oscuridad que se hizo visible para Styron representa una denuncia contra el lóbrego silencio, inducido por el embargo de emociones (*para mí los verdaderos médicos fueron la reclusión y el tiempo*). Y puede que también la imaginación y sensibilidad que nunca dejaron de ser parte de su mente atribulada contribuyeron al destierro de la zozobra y el desasosiego.

A su regreso de los límites de la razón, Styron tenía muy claro que *la depresión es un desorden psíquico tan misteriosamente penoso y esquivo en la forma de presentarse al conocimiento del yo —del intelecto mediador— que llega a bordear lo indescriptible*. Quizá pudo también alcanzar algo de paz antes de su deceso, ya que tenía bien aprendida una vieja lección que otro escritor, Cormac McCarthy, ha precisado como pocos: “aquéllos a quienes no cura la vida, les curará la muerte. El mundo es totalmente implacable en la selección entre el sueño y la realidad”. **U**